

# UN VISTAZO A LA VIDA DEL PERIODISTA ADOLFO OCHOA, EGRESADO DE LA USC

Esta entrevista fue publicada en *Utópicos*, en la edición de marzo de 2014, pág. 17

**Cindy Cortés**

*Universidad Santiago de Cali, Colombia*

**Orcid:** <https://orcid.org/0000-0002-0529-607X>

✉ [cindycortes2507@gmail.com](mailto:cindycortes2507@gmail.com)

Adolfo Ochoa Moyano, el autor de una polémica expedición al barrio El Calvario, abandonó el periódico *El País* para trabajar en Bogotá. Es un tipo relajado y gracioso, pero da la impresión de ser lo contrario cuando se escucha esa penetrante voz que lo caracteriza. Sin embargo, las apariencias engañan y detrás de su imagen, se esconde un ser entusiasta y carismático que provoca risas recurrentes en una conversación.

## **Cómo citar este capítulo:**

Cortés, C. (2020). Un vistazo a la vida del periodista Adolfo Ochoa, egresado de la USC. En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 67-70). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Tiene 30 años, es sagitario, su película favorita es Casablanca y uno de sus autores preferidos es Raymond Chandler. Es fanático del cine de Stanley Kubrick y asegura que desde su infancia, cuando veía películas con su abuelo, a quien atribuye su vocación de periodista, se derrite de admiración por Marlon Brandon, Humphrey Bogart y James Dean.

Vivió su niñez en medio de árboles y libros. Fue criado por sus abuelos en una finca ubicada en la zona rural de Dagua. “Me ponía a leer una cantidad de libros de mi abuelo. El primer libro que leí, cuando tenía siete años, fue Juan Salvador Gaviota, luego otros como las Mil y una noches y Doce cuentos peregrinos”, dice.

Prefería los libros de detectives y como no había otro pasatiempo, aprovechaba la extensa biblioteca de su abuelo. Leyó a Julio Verne, “¡me encantaba! Recuerdo Viaje al centro de la tierra, De la tierra a la luna y Veinte mil horas de viaje submarino”, asegura con emotividad.

Su primera historia corta fue a los diez años, “empecé a escribir por instinto y recuerdo que era sobre un tipo flaco, ha de ser que así me prospectaba en el futuro, cosa que hoy en día no se cumple” (risas).

Estudió bachillerato en el colegio franciscano Fray Damián de Cali: “Me iba súper mal en las matemáticas, pero genial en sociales y español”. Durante los descansos del colegio, en lugar de jugar con otros chicos, invertía ese tiempo en leer literatura rusa. “No sé cómo terminé yéndome tan lejos, pero creo que es porque siempre he sido muy curioso, y cada vez que leía a un autor, ese me llevaba a otro y así sucesivamente. No existía Google, le tocaba a uno irse para la biblioteca a buscarlo todo. Me encantaba visitar ese lugar, era toda una aventura. Pasaba horas y horas allá metido en medio de carátulas de libros”, afirma.

En 2000, comenzó a estudiar Comunicación Social en la USC. Recuerda con fervor a sus primeros maestros: “Conocí a Pedro Pablo Aguilera en la primera semana de inducción. No podía creer el panorama que me mostraba con respecto a los medios, las reflexiones que me hacía ver sobre hechos cotidianos que normalmente yo ignoraba”.

No fue un estudiante de grandes notas, “además empecé en un proceso de autodestrucción bastante concienzudo (risas), bebía y trasnochaba muchísimo. Empecé a escuchar mucho rock, especialmente la banda The Doors. Siendo joven, quería ser una especie de Jim Morrison y morirme joven, pero por supuesto fracasé y veme ahora más vivo que nunca” (sonríe de forma pícara).

Cuando estaba en quinto semestre, apareció Luis Alfonso Mena, profesor de redacción periodística I, “él cogió todo lo que yo creía saber, lo hizo un cono y lo insertó muy amablemente en mi intestino grueso (risas, de nuevo) perdí la materia en 2.5”, cuenta Ochoa con una especial gracia.

Era uno de los profesores más temidos y sus compañeros cancelaron la clase, Adolfo insistió en verla de nuevo y consiguió sacar un cinco, “gracias a una crónica que hice al Cementerio Central, donde me puse a observar la gente que visitaba el lugar y las posibles historias que podrían desprenderse de ese entorno”.

Se vinculó a un proyecto junto a su profesor Mena: Paréntesis, periódico alternativo; asegura que su experiencia más maravillosa es haber participado en su realización. “Mena me enseñó a ser muy observador, justo lo que yo soñaba cuando estaba pequeño y leía a Sherlock Holmes, y ahora pienso que eso es en parte ser periodista, buscar las cosas ocultas de la realidad del día a día”.

Hizo su práctica en el periódico *El País*, en la sección de entretenimiento. Al tercer mes de práctica, le ofrecieron trabajo, que aceptó de inmediato y su sueño por fin se hizo realidad. “Mi abuelo siempre leía *El País* y yo crecí con la idea de que algún día quería ver mi firma en sus páginas para que él me leyera”.

### Camino a la cima periodística

En 2007, después de solicitar varias veces cambio de sección, porque “quería hacer periodismo, contar historias de verdad”, lo trasladaron a Orden Público y en 2009 a Política. Allí realizó uno de sus mejores trabajos, la crónica ‘Un Calvario de 48 horas’, resultado de haberse sumergido como indigente en uno de los barrios marginales de Cali, para develar la trágica situación de las personas que lo habitaban.

“La acogida por parte de las personas fue loquísima, yo no lo podía creer. Todos hablaban de mi crónica. En 2010, llegaron los premios; primero, el Bonilla Aragón; luego, Semana Petrobras y el Simón Bolívar, lo último en guaracha para mí”, cuenta Adolfo.

A pesar de su éxito, pasaba por un mal momento familiar: “mi abuelo tenía alzhéimer, entonces no tenía ni idea de quién era yo y mucho menos de los logros alcanzados. Fue triste, porque yo siempre quise que él supiera que había llegado lejos y que se sintiera orgulloso de mí”.

En 2011, lo cambiaron a la sección del domingo. Allí, se enfocó mucho en orden público y en los conflictos de pandillas. En 2012 se ganó una beca y estudió durante seis meses en Madrid, “recorrí Europa, conocí mucho y trabajé para Marca, del diario *El Mundo*”. Al regresar, se dedicó a hacer crónicas sobre los Urabeños y los Rastrojos, con Jorge Enrique Rojas, su colega y amigo, de quien asegura es “el mejor cronista del periódico *El País*”.

### A RCN

Este año ingresó a la página web de Noticias RCN.com como editor de contenidos. Aunque añora las salas de redacción del periódico, “este nuevo cambio, aunque es del cielo a la tierra, ha sido una gran oportunidad para aprender y ser más audaz”.

Su nuevo trabajo le apasiona “porque las audiencias se multiplican, es un medio nacional. No solo me limito a escribir, además debo ser creativo y valerme de novedosas herramientas como multimedia, infografías y audios. Sé quién me lee, cuándo me lee, cuánto tiempo pasa en la página, si se conecta en el celular o desde una tableta. Esto me ha servido para ser mucho más riguroso en cada nota que realizo”.

## Periodismo digital vs impreso

Para cerrar, me dejo seducir de nuevo por su voz grave y le pregunto sobre el periodismo actual y los rumores de que la prensa impresa desaparecerá por el auge de los nuevos medios.

Su respuesta es precisa: “La prensa escrita nunca va a morir. El periodismo no es escribir un montón de cosas largas, es construir miradas, encontrar enfoques, hurgar en la cotidianidad. Requiere de mucho trabajo, rigor y compromiso”.

Explica que los periódicos están dando un giro hacia las buenas historias: ‘La chiva’ se ha devaluado porque hay hiperinformación, todo el mundo se entera de todo en cualquier parte del mundo y más rápido que nunca”.

Concluye que hay que priorizar en la historia humana, ir más allá de la noticia y buscar “cosas que no se encuentran en el Twitter y es precisamente en estos casos, donde se necesita de la astucia investigativa. Las mejores historias están untándose de calle y no detrás de la pantalla de un computador”.